

Columbidae

Alex Gallardo



COLUMBIDAE

*Allandro
Ruardo*

Capítulo 1

COLUMBIDAE

La nueva casa me parecía agradable. Era grande y espaciosa. Al final del pasillo había una habitación. Mi nuevo estudio, donde podía escribir; donde las palabras fluyeran como las olas del océano.

Katherin por su parte, tenía el gran jardín que se encontraba justamente atrás de la casa, pero un poco separado de la misma. Sabía cómo le encantaba a Kath tener un jardín, por eso, elegí esta casa a diferencia de las otras –que no tenían uno-.

Tardamos aproximadamente cuatro días en acabar de acomodar todo. Justamente era sábado cuando acabamos, así que, a Kath le pareció buena idea descansar –sí que lo necesitábamos-. Fuimos al jardín a tomar aire fresco. Veíamos a los pájaros llegar, posarse en un lugar y empezar a entonar una melodía todos juntos.

Por la tarde siguiente fui al estudio. Tenía que empezar mi nueva historia, cada vez era menos tiempo para la publicación del periódico de la ciudad –había conseguido que mi historia nueva fuese publicada en el dominical, donde daba inicio la Primavera, y ya faltaban dos semanas.

Tome asiento y acomode las hojas blancas en la máquina de escribir. Tenía una idea remota pero no precisa de lo que quería escribir. En fin, iba a escribir palabras que se me vinieran a la mente y de ahí agarrar una idea. Tenía que ser una gran historia, era la primera que iba ser publicada en un periódico y donde más personas la podían leer.

Escuché algo caerse al piso, voltéé bruscamente, me había espantado. Era la lámpara del techo, se había caído -parece que al caerse doblo el piso; las tablas de madera-. Rápidamente me pare y recogí con cuidado la

lámpara –se había roto con el impacto-. Esas tablas se separaron mucho al momento del impacto, y cuando me decidí a arreglarlas para ponerlas en su lugar, me di cuenta de algo; había algo ahí debajo.

Quité con cuidado cada tabla hasta llegar ver mejor aquel objeto.

¿Un libro? Eso parecía. Lo agarré –tenía telarañas. Nunca me habían gustado las arañas, era la única fobia que tenía. Y aunque no había ninguna, había telarañas, y eso me daba algo de asco-. El libro era grande y de color rojo. Parecía que ya tenía mucho tiempo ahí, –cuando vine a ver la casa por primera vez, me habían dicho que ya tenía 5 años desocupada- así que era un misterio.

Soplé para esparcir un poco el polvo. Lo abrí en la primera hoja. No sé cómo explicar lo siguiente, era algo muy confuso y raro. Sentía una nueva sensación. Justo a la hora que abrí el libro, sentí un hormigueo por todo el cuerpo. No eran nervios o miedo, –eso estaba seguro- se sentía diferente.

Se leía algo, con una letra grande y legible –porque eso estaba escrito a mano-.

¿A qué se refería? ¿Quién lo había escrito? Dejé de tomarle un poco de importancia, para seguir viendo el libro... Al darle la vuelta a la hoja, aparecía un símbolo, “una paloma negra”.

Me entretuve tanto tiempo leyendo aquél libro, que amanecí en el estudio –raro era como no se había dado cuenta Kath, que me quedé dormido-.

Me paré después de reflexionar un poco todo lo que había pasado.

Me dirigí a buscar a Kath. La encontré en el comedor sirviendo el desayuno –olía a panqueques. Podía reconocer ese olor siempre y más con ese toque de miel maple que siempre le ponía Kath-.

-Buenos días cariño –dijo Kath muy alegremente-.

-Oh, buenos días amor. Huele delicioso, ¿son panqueques verdad?

-Ja, ja –dijo con una pequeña carcajada-. Sí, lo son. Toma asiento, ya

están listos.

-Está bien- dije mientras me acomodaba en la silla de madera-. Por cierto, amor ¿por qué no me hablaste ayer en la noche, para ir a la cama?

-No te quería despertar, te veías muy dormido -dijo mientras servía los panqueques.

Hablamos sobre otras cosas y al finalizar de desayunar, fuimos al jardín.

Los pájaros cantaban -faltaban pocos días para primavera, pero pareciera que ya era primavera-. De pronto, vi una paloma volar por los aires. Pensé "¿palomas por aquí?, no es muy cotidiano". Volví a ver, y ya se había ido.

Aunque raro pareciera, había sentido la misma sensación de la vez pasada -ese hormigueo por todo el cuerpo, más fuerte de cuando estás nervioso-. Ahí me acordé de aquel libro.

Le dije a Kath que iba ir a mi estudio. Ella asintió.

Me senté en el sofá que estaba en la esquina y tomé el libro. El autor anónimo, -había revisado la portada y la contraportada y no había rastro alguno de quien había escrito ese libro y el mensaje en la primera hoja- hablaba acerca de animales, con ilustraciones en blanco y negro de los mismos. En cada animal, -algunos eran sumamente extraños- había un relato o frase.

Llegué a una parte donde se leía:

"Cuando viene, ella decide quedarse o irse. Si se queda algo sucederá."

¡Dios! Este libro era cada vez más extraño. Y más porque en esa parte no había una imagen de un "animal", solo una mancha negra.

Seguí leyendo algunos párrafos, hojeando algunas hojas hasta que cayó la tarde y me fui a acostar.

Tuve pesadillas y al levantarme de la cama me sentía mal -como en otras ocasiones, no sé cómo explicarlo. Simplemente me sentía mal-.

Fui al comedor y desayunamos juntos -de plano me sentía mal-. Al momento de pararme del asiento, sentí un mareo de cabeza -como iba pasando el tiempo iba aumentando el dolor-. Sentía que me taladraban la cabeza. Después ese mareo se convirtió en algo peor; ya no veía nada, más bien mi vista se cegaba. Al principio era blanco todo, pero mientras avanzaba esta horrible pesadilla, se convertía en una escena; estaba soñando despierto. Había un espacio abierto, -parecido a un jardín o un

parque- un árbol muy frondoso y grande. Pero debajo de él, había una persona; una mujer. Pero espera, había otra cosa. Estaba volando, –eso parecía- era negro, pero no se distinguía. De pronto, parpadeé y desapareció todo. Ya no había nada.

Logré tranquilizarme y volver a la normalidad –aunque seguía sintiéndome mal-.

-¿Kath? ¿Dónde estás? –Dije un poco preocupado-.

Kath no estaba por ningún lado. Cómo era posible que no se haya dado cuenta de lo que me pasó. Me sentía muy mal. Sentía todo mi cuerpo débil; mis piernas ya no querían moverse. No sé si seguía soñando o qué. Todo era extraño.

-¡Kath! ¡Dónde demonios estás! –grité aún más preocupado-.

Caminé por una parte de la casa; no estaba.

Antes de llegar al pasillo, –de la ventana que daba hacia el jardín- pasó otra vez. La cabeza y ese maldito dolor. Era fuerte y de nuevo la vista se me cegó. Me sentía débil. Caí en la madera del piso.

La silueta de aquella mujer aparecía de nuevo. En la misma escena. Apenas pude ver lo que pasaba –sentía prácticamente que me moría-. Esa “cosa” negra se dirigía hacia ella. Era una paloma negra. De pronto, la empezó a atacar. La mujer intentaba defenderse, pero no pudo. Cayó al suelo y la paloma le encajó su filoso pico en su ojo izquierdo. No podía oír nada, solo veía lo que pasaba.

La paloma hizo lo mismo con el ojo derecho y procedió a arañar el cuerpo de la víctima –mientras yo, no sentía que respiraba. No podía moverme ni hacer nada, estaba tirado ahí en el piso-.

La sangre se esparcía sobre el pasto verde. La mujer ya no se movía. En eso, la paloma dejó de atacar a su víctima y se dispuso a volar y alejarse del lugar.

La mujer había muerto –eso me parecía-.

La paloma no se había ido. Estaba en la ventana. Sólo veía sus rojos y penetrantes ojos. Empezó a picotear la ventana. Poco a poco se formaban grietas. Se alzó al vuelo y se disparó contra la ventana. Cayó alado mío, a la medida de la cintura.

¿Esto era real o era parte de las alucinaciones? No lo sé. No podía moverme, no podía hacer algo. Mi mente estaba jugando un juego muy sucio conmigo. ¿Qué iba hacer la paloma? No estaba muerta. Alzó sus alas

ensangrentadas y se incorporó. Venía hacia mí. Luchaba con mi cuerpo para moverme, pero era imposible. Se posó sobre mi barbilla; encajó sus garras en el acto. Procedía a atacarme con su pico, como lo había hecho con aquella mujer.

¿Qué hacía yo? Nada. ¡No podía hacer nada! Iba a morir –eso si no lo estaba todavía-. Mi subconsciente no me ayudaba a saber si era real o era un sueño. ¿Desde qué parte? Estaba perdido totalmente. Se me acabó el poco aire que podía respirar. Las pocas ganas que quería para vivir. Era presa de esa paloma. De esa horrible paloma. Era víctima y protagonista de alguna de mis historias.

Lo que quedaba solamente era esperar, ¿qué?, lo que pasara. En estas condiciones lo perdía todo. Da igual lo que pasará.

Y pasó...

Allandro Ruardo